

William Kennedy

Roscoe, negocios de amor
y guerra

Traducción de Jordi Fibla



El día que Estados Unidos celebra la victoria sobre Japón, Roscoe Conway decide retirarse de la política tras haber regido durante más de medio siglo, de manera particular y poco escrupulosa, el Partido Demócrata de Albany, capital del estado de Nueva York. Cuando está a punto de hacer pública su dimisión, recibe la noticia del suicidio de su amigo Elisha Fitzgibbon, ex alcalde demócrata de Albany y ex candidato a gobernador del estado.

La muerte de Fitzgibbon desata todo tipo de rumores y a Conway no le quedará más remedio que repasar los últimos veinticinco años de su vida para comprender las razones que han llevado a su amigo al suicidio. La pérdida temprana de su verdadero amor, las luchas por el control del partido, sus relaciones con los gánsteres irlandeses, el amañeo de distintas elecciones, el control del contrabando de alcohol y del juego, son parte de los recuerdos que van acudiendo a su memoria y que terminan conformando el retrato del poder político y económico en Albany durante la primera mitad del siglo XX.

William Kennedy (1928) es autor de un extraordinario ciclo novelístico sobre la ciudad de Albany, *Roscoe, negocios de amor y guerra*, publicada por primera vez en el año 2002 e inédita hasta ahora en español, está considerada como una de sus mejores obras.

DEDICO ESTE LIBRO A MI COHORTE
DE TEMPRANOS ROSCONIANOS:

Harry y Helen Staley, Andy y Betsy Viglucci, Doris Grumbach, Laurie Bank, Peg Boyers, Dennis Smith, Brendan Kennedy, y a mi esposa, en sí misma toda una cohorte, la incesantemente asombrosa Dana.

ROSCOE BAJO EL VIENTO

Aquel año sopló en la ciudad un viento maligno y amenazó con destrozarse tuestos, fortunas familiares, reputaciones, amores verdaderos y varias clases de virtud. Roscoe, que avanzaba por la carretera, notaba el viento en la espalda y oía las voces que acarreaban las ráfagas.

—¿Sabes de dónde viene el viento maligno, Roscoe? —le preguntaron las voces.

—No —respondió él—, pero no estoy seguro de que el viento sea de veras malévolos. Es posible que se haya sobrevalorado su malevolencia, que sea incluso fraudulenta.

—¿Cree la gente que existe un buen viento maligno? —le preguntaron.

—Por supuesto —respondió—. Y cuando llega hincha las velas de nuestra ciudad, nutre a nuestros bebés, consuela a los forasteros, da una finalidad a nuestros muertos, endereza a nuestros descarriados y viceversa. El viento maligno es una cosa sin igual y exige una profunda atención.

—¿Por qué habríamos de creer lo que dices?

—De la misma manera que soy incapaz de decir la verdad —contestó Roscoe—, soy incapaz de mentir, lo cual, como todo el mundo sabe, es el secreto del político realmente exitoso.

—¿Eres político, Roscoe?

—Me niego a responder, y alego que hacerlo podría humillarme o incriminarme.

Las esferas de la guerra y la paz

Roscoe Owen Conway presidía la reunión en la sede del Partido Demócrata de Albany, en la undécima planta del edificio State Bank, la principal parada de los demócratas camino del cielo. La sede ocupaba tres grandes oficinas: una donde Roscoe, secretario y número dos del partido, recibía a suplicantes y deudores, otra en la que Bart Merrigan y Joey Manucci controlaban el flujo de visitantes y las llamadas telefónicas, y una más para una caja fuerte que, cuando la instalaron allí, era la más grande de la ciudad después de la cámara acorazada de un banco. Ultimamente no contenía dinero, sino tan sólo engañosos estados financieros de los demócratas destinados a los investigadores del gobernador que llevaban abalanzándose sobre los archivos del partido desde 1942, año en que el gobernador electo juró que destruiría a los demócratas de Albany.

En vez de ir a la gran caja fuerte, el dinero iba al cajón superior de la mesa de Roscoe, donde lo depositaba sin contarlos cuando un visitante como Philly Fillipone, que vendía productos agrícolas a la ciudad y el condado, le entregaba un fajo de billetes de dos centímetros y medio de grosor sujeto por una goma.

—Quizá sería mejor que lo contara y se asegurase de que no hay ningún error —observó Philly.

Roscoe no admitió que Philly se hubiera planteado la posibilidad de sisar al partido, ni siquiera por error. Metió el dinero en el cajón abierto, y Philly vio un montón de billetes de veinte en su interior. Las transacciones de los demócratas se realizaban con billetes de veinte.

—¿Alguna variación en nuestra manera de trabajar este año, Roscoe? —le preguntó entonces Philly.

—No, seguimos como de costumbre —respondió Roscoe, y Philly se marchó.

Sentado en su mesa al lado de la puerta, Joey Manucci estaba registrando, en el bloc pautado donde llevaba la cuenta de los visitantes por orden de llegada, los nombres de las personas que acababan de entrar: Jimmy Givney y Divino LaRue. Joey escribía los nombres con letra de molde, pues las minúsculas no sabía ni leerlas ni escribirlas. Bart Merrigan hablaba con los dos recién llegados. Merrigan, que en 1917 había estado en el ejército con Roscoe y Patsy McCall, tenía forma de bolo y era ex boxeador y un hombre de gran energía a quien Roscoe confiaba su vida. Merrigan se asomó al despacho de Roscoe.

—Ha llamado Patsy. Estará en el vestíbulo del Ten Eyck dentro de quince minutos. Givney, del distrito Duodécimo, y Divino LaRue acaban de llegar.

—Diles que vuelvan el viernes —replicó Roscoe—. ¿Ha terminado la guerra?

—Todavía no. Divino dice que querrás verle.

—¿Cómo lo sabe?

—Divino lo sabe. Y lo que Divino no sepa, lo averiguaré.

—Hazle pasar.

Merrigan le dijo a Jimmy Givney que volviera el viernes y Joey tachó su nombre con una línea, pulcramente trazada con una regla. Merrigan subió el volumen de la radio de mesa por la que seguía las noticias de la rendición oficial japonesa. Una gran foto enmarcada del nuevo presidente pendía de la pared detrás de su mesa. En la pared de enfrente pendían los retratos de George Washington, Franklin Delano Roosevelt, todavía con un crespón negro, y Alexander Fitzgibbon, el joven alcalde de Albany.

—¿En qué puedo ayudarte, Divino? —le preguntó Roscoe.

—¿Podemos cerrar la puerta?

—Ciérrala.

Divino la cerró y se sentó. George (Divino) LaRue era un aspirante a abogado que había suspendido los exámenes de Derecho catorce veces en ocho estados antes de aprobar. No ejercía, pero se tuteaba con la mayoría de los políticos de Albany. Actuaba como miembro de un *lobby*, y todo el mundo lo conocía por sus grandes ojos de párpados caídos y su aire oriental, aunque era francés. Tenía la frente baja y el cabello peinado hacia atrás, y un tic que le hacía alisárselo sobre la oreja derecha con el pulpejo de la mano, mientras exhalaba por la boca el humo del cigarrillo y lo inhalaba por la nariz. Divino conocía tus necesidades y en ocasiones cabildeaba por ti, tanto si le pagabas como si no. Si cumplía, le pagabas. Si no cumplía, volvería a intentarlo en la siguiente sesión. No guardaba rencor, pues era ambicioso. Cierta vez Divino oyó casualmente decir a Patsy que quería un libro sobre Ambrose Burnside, un general de la Unión en la Guerra de Secesión, pero que estaba agotado. Divino se enteró de que había un ejemplar en un estante de la biblioteca de West Point, así que fue allá en coche, robó el libro y se lo dio a Patsy.

—No te has enterado por mí de lo que voy a decirte, ¿de acuerdo? —le dijo Divino a Roscoe.

—Ni siquiera sé qué aspecto tienes —replicó Roscoe.

—Lo he oído esta tarde en la oficina de Scully. Es de buena tinta, Roscoe. No te engaño.

—Oye, Divino, ¿sólo estás hablando o tratas de decirme algo?

—Quieren trincarte.

—Es una gran noticia, Divino. Siento que no puedas quedarte más tiempo.

—Tienen unos datos que pueden utilizar.

—¿Cómo que faltaban cuarenta mil cuando nos hicieron comparecer con los libros de cuentas? —inquirió Roscoe—. Ese dinero no falta.

—Te están interviniendo los teléfonos, leen tu correo, vigilan a tu alocada novia, Trish Cooney.

—Es fácil vigilarla. Además, deja las persianas abiertas.

—Conocen todos tus movimientos con mujeres.

—¿Les pagan para eso?

—Tienes una reputación. Ya sabes cómo les gusta el escándalo.

—Ojalá mi vida fuese tan interesante. Pero gracias, Divino. ¿Eso es todo?

—Te vigilan a todas horas. He oído decir al mismo Scully que trincarte sería lo mismo que trincar a Patsy.

—Te agradezco la noticia.

—Ya sabes qué es lo que estoy buscando, Roscoe.

—Sí, lo sé. Un tribunal al que puedas llamar tu hogar.

—No es pedir demasiado. No hablo del Tribunal Supremo. Un tribunal de jurisdicción limitada, tal vez, o el proceso judicial de las multas de tráfico. Sería un juez sensacional.

Roscoe reflexionó sobre ello: el juez divino. Divino el juez. Una divinidad de juez. En su tribunal los miembros del jurado harían un servicio divino.

—Un juez sensacional —dijo Roscoe—. Ni que decir tiene.

Roscoe se puso su chaqueta de cloqué azul, se despidió de los muchachos agitando la mano, bajó en el ascensor, salió del edificio y caminó cuesta arriba por la calle State. Era el 14 de agosto de 1945. Roscoe lucía una barba poblada que se estaba volviendo gris, pero el bigote era casi del todo negro. No confíes en ningún hombre, ni siquiera en tu hermano, si tiene la barba de un color y el bigote de otro. Estaba gordo pero sólo daba la impresión de fornido, pensaba que se le estaba formando una úlcera, pero parecía en buena forma. Se abrasaba bajo el sol, pero nadie habría dudado de que iba fresco con su traje de cloqué.

Cruzó la entrada del Ten Eyck en la calle State y subió la escalera hasta el vestíbulo, también fresco y con varias per-

sonas ante el mostrador de recepción: tres soldados, dos mujeres del Cuerpo Militar Femenino, un marinero y una joven; si los japos se rendían, esa noche escasearían las habitaciones. Cruzó el suelo de mármol del vestíbulo y tomó asiento en su lugar habitual, precisamente donde su padre, Felix Conway, se había sentado, en el rincón conocido entonces y ahora como el rincón de Conway. Hizo una seña a Whitey, el botones, para que un camarero le trajera ginebra y agua tónica, su rito diario a aquella hora. Miró al otro lado del vestíbulo tratando de ver a su padre. Busco consejo, le dijo al viejo.

Roscoe estaba tan desconcertado que había pedido a Patsy McCall y Elisha Fitzgibbon, sus dos grandes amigos, con los que formaba el grupo triaxial de expertos del Partido Demócrata en Albany, que fueran al hotel para hablar con él a salvo de oídos indiscretos. Roscoe, que en este momento mira a través del tiempo, encuentra a su padre sentado en ese rincón. Es una gélida tarde primaveral de 1917, en Europa se libra la primera Gran Guerra y Roscoe, de veintisiete años, pronto luchará en ella. Es un joven pulcramente afeitado, un abogado cuyo principal cliente es la Acería Fitzgibbon y que también tiene puestas sus miras en la política.

Felix Conway es un hombre de sesenta y cinco años, con una poblada barba gris que le llega al pecho y le oculta la corbata. Viste chaleco, chaqueta, sobretodo y gorra, pero también se cubre con una manta para protegerse de las mortíferas corrientes de aire primaveral del vestíbulo del hotel Ten Eyck. Felix vive en el hotel, y seguirá haciéndolo durante el resto de sus días, que no son muchos. Fue elegido alcalde de Albany en tres ocasiones, en una de ellas fue destituido, y amasó una considerable fortuna en la industria cervecera. Le expulsaron del ayuntamiento en 1893 tras un pleito por fraude en las votaciones, pero sus demócratas recuperaron el gobierno municipal en las siguientes elecciones y lo conservaron durante cinco años. En aquella

época Felix era el estadista más veterano del partido, con un despacho contiguo al del nuevo alcalde y una mesa reservada en la Sala Sadler del restaurante de Keeler, donde estaba rodeado de demócratas y toda suerte de traficantes de influencias. Este exuberante periodo de Felix finalizó en 1899.

Aquel año los republicanos tomaron el Ayuntamiento y también descubrieron que podían permitirse comer en el gran restaurante de Keeler. Pero Felix no soportaba los efluvios que despedían, así que comía en su casa. Tardó seis meses en admitir que no estaba hecho para vivir a tiempo completo con su mujer, dos hijos y tres hijas, y, una vez admitido, se trasladó al flamante hotel Ten Eyck y dijo a los suyos: adiós, querida familia, estaré en casa los sábados por la tarde y me quedaré hasta el té del domingo. Lo pasaremos bien yendo a misa y tomando la comida casera, ¿espléndido, no? Sí, y entonces me libraré de vosotros durante una semana.

Los republicanos de 1917 tienen asegurado el poder, y los demócratas ya ni siquiera intentan ganar, pues resulta más beneficioso jugar a ser perdedores y recibir dádivas de los republicanos por adoptar esa postura. Sin embargo, los elementos reformistas de los demócratas perduran, y ahí está Roscoe sentado al lado de su padre, escuchando mientras el viejo es el centro de atención de un continuo y vigorizante flujo de políticos, amigos, nombres del pasado y aspirantes. Cada día los botones colocan letreros de «reservado» sobre el mármol de la mesita de té, el sillón y el sofá Imperio en el rincón de Conway. En estos momentos, Felix está sentado en su sillón, concediendo audiencia a Eddie McDermott, dirigente de otra facción reformista que confía en enfrentarse a la inútil pero invulnerable organización del Partido Demócrata de Albany de Packy McCabe en las primarias de 1917.

Con los ojos fijos en los de Felix, Eddie le revela sus planes para reformar el partido si gana las primarias y para re-

formar la ciudad si gana las elecciones. Se inclina cada vez más hacia él mientras le habla en voz queda, y finalmente se desliza fuera del sofá e hinca una rodilla en el suelo, para hacer que su mensaje no sólo sea sincero sino también genuflexo, y susurra al Salomón de la política de Albany:

—Querrá usted que los demócratas vuelvan y se hagan una vez más con el Ayuntamiento, ¿verdad, señor?

—Oh, sí, claro que sí —dice Felix, y ciertamente eso es lo que quiere.

—Tengo mucho que aprender, señor Conway, pero hay una cosa que sólo puedo aprenderla de usted, pues nadie más me ha dado una respuesta, y se lo he planteado a todos.

—¿Y de qué se trata, señor McDermott?

—Una vez nos pongamos al frente del partido, ¿cómo vamos a conseguir el dinero para financiarlo?

Felix Conway abre bruscamente los brazos, lanzando la manta como una cometa hacia el vestíbulo, y Roscoe se sobresalta. Su padre se desabrocha el abrigo y la chaqueta, se quita la bufanda, para poder respirar mejor, y se echa a reír.

—Quiere saber cómo se consigue el dinero —le dice Felix a Roscoe y, lanzando incontenibles risotadas, se levanta del sillón y grita—: ¿Cómo consigues el dinero? ¡Oh, Dios mío, cómo consigues el dinero!

La risa, ahora paroxística, obtura la garganta de Felix, que se abotarga. Se eleva del sillón como un globo de aire caliente, todavía con una sonrisa de oreja a oreja, rebota contra la balastrada de la escalera de mármol de Tennessee, y sigue elevándose hasta chocar con la araña de luces francesa del vestíbulo, donde estalla en un trueno final de risa, derramando una lluvia de esquirlas de cristal sobre Eddie McDermott, el aterrado reformista que está debajo.

Felix manifiesta sus principios a Roscoe

—¿Cómo consigues el dinero, muchacho? Si los presentas como candidatos y ganan, les cobras el salario de un año. Mantén bajos los impuestos, pero si has de subirlos, llámalos por otro nombre. La ciudad no puede vivir sin vicio, así que roba a los chulos y ordeña a las madamas. A todo el que venda la carne, cóbrale impuestos. Si alguien quiere hacer negocios en la ciudad, el treinta por ciento de comisión para nosotros. Mantén en buen estado las calles y las alcantarillas, pero sin pasarte. Las calles bien iluminadas alejan el pecado, pero no te excedas. Si juegan al *crap*, el póquer o el *blackjack*, quédate con un porcentaje de los beneficios. Si juegan al faro o la ruleta, que sea el doble. El opio es el narcótico de los depravados, pero si lo quieren, encárgate de que lo consigan y cobra impuestos a esos cabrones de los bajos fondos. Si tienen los salones de baile abiertos las veinticuatro horas del día, cárgales el doble. Si tienen un club donde se estafa a los incautos, cárgales el triple. Si envían prisioneros a nuestra cárcel, cóbrales el alquiler, a precios de hotel. Mantén contentos a los policías y déjales quedarse con un trozo del pastel. Un trocito. No compres jamás nada que puedas alquilar indefinidamente. Si pavimentas una calle, un adoquín de tres centavos debería valer treinta centavos para la ciudad. En cada calle que pavimentes debería haber una iglesia. Gánate el favor de los curas y haz tuyo al obispo. Anima a los padres para que sus hijos vayan a escuelas católicas, pues así reducirás el presupuesto destinado a la escuela pública. Cuando tengas dudas, nombra a otro juez, y págale lo suficiente para que no tenga que sacarle la pasta a los abogados. Gánate a los abogados. Ellos saben cómo se hace y lo harán. Controla al fiscal del distrito y no lo sueltes jamás, pues él controla a

los jurados de acusación. Hazte amigo de los millonarios y dales lo que necesiten. Toda compañía de tranvías es una buena compañía de tranvías, y lo mismo es válido para las compañías eléctricas. Si construyes un viaducto, haz del contratista tu asociado. Cada vez que te enfrentes a un monopolio, adquiérela. Crea una compañía de seguros y haz que todo el mundo con negocios en la ciudad suscriba una póliza. Si no sabes estafar con una compañía de seguros, monta una fábrica de cerveza y oblígales a comprar tu producto. Da empleos a tus amigos, pero con un precio; y haz nuevos amigos a diario. Deja que el *sheriff* compre lo que quiera para la cárcel. Nunca impidas que el dirigente de un distrito electoral robe, pues eso es lo que le mantiene honesto. Encárgate de que tus fontaneros y electricistas tengan siempre trabajo, y recuerda que son necesarios tres operarios para cambiar un cable. No hay nada que objetar a los republicanos mientras los tengas en plantilla. Un empleo en la ciudad debería elevar la dignidad de un hombre, pero no el sueldo. Cualquiera que esté en nuestra nómina pagará su cuota, del tres por ciento del salario anual, lo que está muy bien, pero si pertenecen al nuevo cuerpo de funcionarios públicos, no te pagan y no puedes despedirlos, transfírelos al vertedero. Si encuentras gente a la que le gusta votar, déjale que lo haga. No temas gastar dinero en votos el día de las elecciones. Es un regalo del cielo para los pobres y bueno para los negocios, pero págalas con billetes viejos, de uno y dos dólares, o sospecharán. Y paga sólo a los que viven en los distritos junto al río, nunca a los de la parte alta de la ciudad. Si un votante de la parte alta no se registra como demócrata, auméntale los impuestos. Si lucha contra el aumento, haz que contrate a uno de nuestros abogados para que pleitee y se los reduzca. Una vez bajados, vuelve a subirlos el año siguiente. Llama a todas las puertas y averigua si los moradores están enfermos o embarazadas o son cortos, y utiliza su voto. Si respiran, llévalos al colegio electoral. Si no van, amenázalos. Descu-

bre quién está muerto y quién se está muriendo, que es como si estuviera muerto, y utiliza sus votos. Hay un montón de muertos y nunca se quejan. La oposición podría poner el grito en el cielo diciendo que es un fraude, pero deja que lo demuestren después de las elecciones. La gente dice que usar el voto de los muertos es inmoral, pero qué diablos, si estuvieran vivos todos serían demócratas. El mero hecho de que estén muertos no significa que sean republicanos.

Faltaban tres meses para las elecciones de 1945, la investigación del gobernador, iniciada tres años atrás, se estaba intensificando, de creer a Divino, y ¿quién sabía lo que les podría ocurrir? Debido a la presión del gobernador, los republicanos presentaban como aspirante a alcalde a Jason (Jay) Farley, un inteligente hombre de negocios irlandés católico que pronunciaba unos discursos vigorosos y era su candidato con más posibilidades en muchos años. Y la ausencia de Alex, el alcalde de la ciudad, el joven soldado, que aún se encontraba en algún lugar de Europa, era un factor que debía tenerse en cuenta. Patsy había decidido que no sólo ganaríamos estas elecciones, sino que también humillaríamos al gobernador por intentar destruirnos, y su arma secreta era antigua: un tercer candidato que diluiría el voto republicano, la misma estrategia que Felix Conway había utilizado repetidas veces en las décadas de 1880 y 1890.

Con su segundo vaso de ginebra y tónica en la mano, Roscoe estaba sentado frente a Patsy, que tomaba su bebida de costumbre, Old Overholt solo. Patsy iba allí con frecuencia, pero se sentía desplazado entre los muebles rococó con dorados y las alfombras orientales del vestíbulo, y sin duda estaría más a sus anchas en un picnic playero. Pero a pesar del calor de agosto, allí estaba, tocado con su característico sombrero de ala curva, sentado donde Felix

Conway recibiera a los visitantes un cuarto de siglo atrás, sin parecer poderoso y, no obstante, con mucho más poder del que Felix podría haber imaginado para sí. Como líder del Partido Demócrata de Albany durante veinticuatro emocionantes años, Patsy era ahora el padre de todos, incluido Roscoe. Patsy, cinco años mayor que Roscoe, era el hombre principal, el hombre que desviaba el rayo, el jefe.

—¿A qué viene tanta urgencia? —le preguntó Patsy a Roscoe.

—No es urgente para nadie más que para mí, pero es importante. Tengo que retirarme.

Patsy torció el gesto.

—Dilo otra vez.

—He de dejarlo, hacer alguna otra cosa, irme. No puedo seguir con esto.

—¿Con qué?

—Con lo que hago.

—Lo haces todo.

—Eso forma parte del problema.

—¿Te aburres?

—No.

—¿Necesitas dinero?

—Tengo más dinero del que puedo gastar.

—¿Estás metido en otra mala aventura amorosa?

—¿Cuándo he tenido una buena?

—Entonces ¿de qué se trata?

—¿Sabes lo que sientes cuando llegas al final de algo, Pat?

—No, todavía no lo sé.

—Claro, tú seguirás eternamente; pero yo he llegado al final y no sé por qué. Puede que te parezca repentino, pero esto venía gestándose desde hace mucho tiempo. No puedo hacer nada por evitarlo. Se ha terminado.

—La organización no puede prescindir de ti. Eres la mitad de cuanto hago. Más de la mitad.